

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE JUNIO DE 1891

NÚM. 20



EL CERRO DE SANTA LUCÍA

SUMARIO. — "LA FAMILIA" Y SU NUEVO PROGRAMA, por *La Redacción*. — NUESTROS GRABADOS. — CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.* — LAS DOS PELUCAS DE LA TÍA MELCHORA, por *Lodoiska Maapaká*. — EDUCACIÓN DEL NENE, por *Emmeline Raymond*. — POESÍAS, por *Belisario Guzmán Campos*. — HIGIENE ELEMENTAL, por el doctor *La-buela*. — RECETAS ÚTILES. — BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia y consultas. — FOLLETÍN. — AVISOS.

"LA FAMILIA"

Y SU NUEVO PROGRAMA

En breve cumplirá LA FAMILIA su primer año de existencia. Ha llegado, pues, el momento de echar una mirada hacia atrás, para recoger las enseñanzas del camino recorrido, y otra mirada hacia adelante para fundar el nuevo programa con que nuestra publicación se presentará á sus lectores en el segundo año de su carrera.

Cuando, en agosto de 1890, LA FAMILIA vino á sentarse de improviso, cual huésped inesperado, en el banquete de la prensa, sus modestas proporciones, su tímido aspecto, su índole familiar y tranquila originaron un sentimiento de duda y desconfianza entre aquellos que de ordinario sostienen al periodismo con sus aplausos y su dinero. De los indiferentes, para qué hablar: esos le volvieron simplemente las espaldas.

Los más benévolo y bien intencionados nos daban este saludable consejo: abandonar la empresa. Un periódico como LA FAMILIA, no podía tener lectores en Chile. Alguien que se precia-



PEDRO DE VALDIVIA

ba de conocer á fondo el carácter nacional, *su indiferencia hacia todo pensamiento grande*, nos aseguró cinco suscriptores; cinco, y no seis.

Lejos de desalentarnos, semejantes pronósticos nos dieron esperanza y nos comunicaron fe; el tiempo ha venido á probar, coronando nuestros esfuerzos, que en éste, como en tantos otros casos, se había levantado al *carácter nacional* un falso testimonio.

Desde el día que se fundó, LA FAMILIA ha seguido un desarrollo que ha desconcertado por completo, no solamente las previsiones más pesimistas, sino también los cálculos más lisonjeros que, como promotores de una idea que conceptuábamos buena, teníamos derecho de formar. Podemos decir hoy sinceramente, sin ostentación ni vanagloria, que si hubiésemos vislumbrado el éxito, inaudito en los anales de la prensa chilena, que ha obtenido nuestro periódico en los pocos meses que lleva de vida, la cifra de nuestros suscriptores sería hoy el doble ó el triple de lo que es. La falta de los cinco primeros números, que se agotaron rápidamente, sin que fuese posible reimprimirlos, nos puso en la necesidad de rehusar infinitas suscripciones, y de aceptar sólo aquellas que empezasen con el número 6. De ahí que algunos de los números agotados de LA FAMILIA se paguen hoy á precios extraordinarios, cuando se pueden conseguir.

**

Un manto de crespón de China, legítimo, de superior clase, con guarda bordada, para señora; ó

Una docena de camisas de hilo, para hombre, de lo mejor que se vende en Chile, ó

Un precioso reloj de oro, garantido.

Por las cien suscripciones siguientes: Un amueblado de salón, de fantasía; (seis sillas, dos sillones y un sofá); ó

Un lindo ropero con espejo; ó

Un par de aros de brillantes; ó

Un solitario de primera agua, montado en anillo ó en alfiler, ó

Un reloj de oro de primera clase, garantido, de un valor real de ciento cincuenta pesos.

Por las quinientas suscripciones siguientes:

Un soberbio piano de primera marca, de un valor de setecientos cincuenta pesos.

Por las mil suscripciones siguientes: Un título de renta vitalicia de cien pesos anuales.

Por cada una de las mil suscripciones siguientes:

Un aumento de cien pesos en la anualidad de la renta vitalicia anteriormente citada.

3. Para obtener una prima cualquiera, es preciso haber alcanzado, previamente, la prima inmediatamente anterior.

4. La suscripción de que se habla en los párrafos precedentes, es el abono á los veinticuatro números; de manera que la suscripción por el año completo, de cincuenta y dos números, equivale á dos para el efecto de las primas.

Á NUESTROS COLEGAS

Motivo para nosotros de satisfacción y de gratitud, ha sido la benevolencia y el espíritu de compañerismo que nos ha manifestado la prensa de toda la República. Hemos tratado de corresponder á tan nobles sentimientos, enviando nuestra humilde publicación á aquellos colegas que la han honrado con sus canjes, y á los que en cualquiera forma la han dado á conocer. Confiamos en que el periodismo chileno, en cuyas filas ocupamos un puesto,—el del último soldado,—nos seguirá favoreciendo con su estímulo y la propaganda de su autorizada voz.

DOCTORA ERNESTINA PÉREZ

Estudios en Berlín y París sobre enfermedades de señoras y partos. Consultas de 1 á 4 P. M.—Calle de la Moneda, número 40, entre las de San Antonio y Estado.

NUESTROS GRABADOS

PEDRO DE VALDIVIA

Y EL CERRO DE SANTA LUCÍA

En la historia de nuestra civilización, el conquistador de Chile y fundador de Santiago es una figura culminante. Chile honró su nombre dándole á una de nuestras provincias y á la cabecera de la misma. Santiago erigió en el Huelén un monumento á su memoria.

Es mucho, y sin embargo, poco. La estatua es de mármol, y está mutilada. No discutiremos su mérito artístico. Su colocación es admirable, su apariencia pudo ser mejor. Es un simple parecer.

El grabado que damos en primera página es copia de una estampa del siglo XVI. Creemos que es el retrato auténtico del conquistador.

TRAJE DE NIÑITA

(Dibujado expresamente para LA FAMILIA por el eminente artista y corresponsal nuestro en París M. Meninger.)

Este traje, creación nueva y de gusto exquisito, es de lana-seda, color heliotro-

po. Chaleco de seda bordado; adorno de plumas de avestruz del mismo color que el vestido.

Sombrero de fieltro blanco con borde de felpa heliotropo y plumas del mismo matiz.

TRAJE DE CIUDAD

Vestido de vicuña, color Eiffel; la pollera, derecha por delante, tiene una guarda bordada: aplicaciones de felpa, de matiz más oscuro que el género. Por detrás la pollera tiene pliegues sencillos. Corpiño Bombay, con mangas bordadas análogas á la guarda de la pollera.

Capota de terciopelo verde oscuro, penachos Eiffel, alfileres Juana de Arco, en forma de espada, en el adorno de adelante.

RECOMENDAMOS especialmente el excelente **Bacalao yodo ferruginoso blanco, de Bouey**, á las personas débiles. Depósitos en todas las boticas y droguerías surtidas.

CARTA PARISIENSE

Las roseras.—Los escritores artistas.—La locura de las condecoraciones.—El hombre del tenedor.—Un médico de antigua escuela.—Henri Berthoud.—Josefino Soulyary.—Nerón en el Hipódromo.—El teléfono entre París y Londres.—La espada Juana de Arco.

París, 20 de abril de 1891

SEÑORA DIRECTORA DE "LA FAMILIA"

Querida amiga:

Una nueva bastante imprevista es ésta: París va á coronar á la inocencia núbil, lo mismo que Nanterre y sus alrededores. En esta materia la undécima circunscripción ha tenido el honor de la iniciativa.

Parece que no faltaban postulantes; abundaban, por el contrario, y las cuatro coronas que se han discernido eran demasiado pocas. Esperemos que los otros barrios seguirán ese laudable ejemplo, y entonces París no justificará el nombre de «Babilonia moderna» con que lo han bautizado los países extranjeros.

Mis lectoras no deben ignorar que una rosera es una niña joven, virtuosa entre las que más, elegida por sus amigas para ceñir la corona de rosas blancas, que va siempre acompañada de cierta suma de dinero. En París se van á abonar mil francos á cada una de las roseras. La ceremonia del coronamiento es grandiosa y conmovedora.

Cuando presencio una de estas sencillas fiestas, me pregunto á mí misma, con pesar: ¿Por qué en mi patria no se cultivan las tradiciones? ¿Por qué no se rinde tributo á la leyenda histórica, á los antecedentes nacionales? Francamente, somos un pueblo demasiado positivista.

Otra novedad: también los escritores artistas van á ser coronados, después de una exposición pública. Un Salón más en París, con esta denominación: *Pelo y Pluma*. ¡Qué ironía para los expositores calvos!

El local elegido es el Teatro de Aplicación, donde, hace cuatro días, los críticos, literatos, artistas, han sido admitidos á contemplar los dibujos y cuadros de sus colegas.

Con más oportunidad que nunca se puede aplicar, en esta ocasión, la fórmula del Evangelio: Los jueces serán juzgados.

La locura de las condecoraciones no desaparece de esta tierra. Hay riñas políticas entre ministros por ese retacito de cinta colorada, y forzoso ha sido diferir los nuevos nombramientos, con el fin de calmar la agitación de los pretendientes.

Sin embargo, el doctor Labbé y el

doctor Peter son, á esta hora, comendadores de la Orden.

El doctor Labbé, cirujano de *primo cartello*, fué el salvador del *hombre del tenedor*. ¿No sabéis, señoras, quién fué el *hombre del tenedor*? Digo *quién fué*, porque ignoro si existe todavía ese novedoso imprudente. No era conocido el tal caballero, hace unos diecisiete años, sino por los compradores del *Printemps*, en París, y por sus correligionarios de mostrador. Es decir, que era simplemente un empleado de tienda.

Un día apostó que se tragaría un tenedor, y... ganó la apuesta. Ahora, yo no sé lo que le habría sucedido sin la célebre intervención del doctor Labbé.

En cuanto al doctor Peter, es también un apóstol, y uno de los raros talentos médicos que hayan resistido á la *microbiomanía*.

Es uno de la vieja escuela; de esos que todavía creen que *uno de los principales deberes del médico es curar al enfermo*.

* *

Un excelente hombre, que ha llegado al término de su carrera en esta vida, es Henri Berthoud. Tenía ochenta y ocho años, y de éstos, setenta de trabajo incesante.

Escritor misceláneo y novelista, no tenía más que una pasión en su existencia: los dominos. Antes había en París el Club de los Dominos. Ahí llegaba Berthoud puntualmente todos los días á las cuatro, y hasta las siete peleaba partidas formidables con entreactos de picante charla.

Cuando desapareció el famoso club, Henry Berthoud no tuvo más que un placer, inocente y monótono: todas las noches iba durante media hora al circo Fernando, situado en la proximidad de su casa. Ahí se sentaba con plácido semblante, seguía con ojo distraído el remolinear de las amazonas; después, contestando con una sonrisa á los saludos de sus conocidos, se retiraba tranquilamente á acostarse.

* *

Otra muerte: la de Josefino Soulyary. La Francia pierde con él á un verdadero y gran poeta.

Soulyary se hallaba confinado en Lyon, su ciudad natal. Era un hombre modesto y sencillo, que veía á los hombres y las cosas al través del prisma complaciente de su gran corazón.

* *

En el Hipódromo, he visto últimamente una representación soberbia. *Nerón* ha ocupado con brillo la escena que llenó *Juana de Arco*, de la cual te hablé en una carta anterior. Ese espectáculo pinta fielmente la vida romana con todo el esplendor de su grandeza: los placeres populares, las orgías imperiales, los cataclismos, el incendio de Roma y la invasión.

No se ha dado un acto muy importante: el Coliseo de Roma, con leones furiosos que se abalanzan sobre falsas víctimas y las devoran. El señor *Seeth*, el conocido domador de fieras, está enfermo, y conforme se restablezca, nos permitirá ver ese acto imponente de la pantomima.

* *

El funcionamiento del teléfono establecido entre la Francia y la Inglaterra ha obtenido un éxito completo.

La transmisión es, según la opinión corriente, mucho más perfecta que la de domicilio á domicilio, en París.

La tarifa de comunicación establecida por ahora, es de diez francos por tres minutos. Cara, sin duda; pero tan pronto como se hayan cubierto los gastos de instalación, el estipendio será mucho más módico.

* *

Termino por esta vez, amiga mía;

pero antes de doblar mi carta déjame señalarte una joya nueva. Es una pequeña espada de oro, que lleva el nombre de *Juana de Arco*. Sencilla, sirve de prendedor para niña soltera; y para las señoras, la hacen de magníficas piedras. El puño es de zafiro rodeado de brillantes, ó de esmeraldas ó de rubíes, con perlas finas.

Hasta muy luego se despide tu amiga

AMBROSINA C.

LA FAMILIA.—No se admiten más suscripciones al primer año de este periódico. Existen números atrasados al precio de 20 centavos cada uno, y *unas pocas colecciones completas* desde el número primero, que ofrecemos al precio de CINCO PESOS CADA UNA y entregables al salir á luz el número 24. Los que deseen retener estas colecciones pueden enviarnos su valor desde luego, para poder contar con ellas.

LAS DOS PELUCAS

DE LA TÍA MELCHORA

Mi tía Melchora era dueña de los cabellos más hermosos de la creación. Poseían la blancura de la nieve, la suavidad del plumón de la paloma, la flexibilidad del pasto verde, la finura de la seda que se desprende del capullo.

Cuando algún pesar grave ó liviano oscurecía el cielo de mi dichosa niñez, yo buscaba y hallaba siempre alivio para mi pena en el regazo de mi tía Melchora. Ahí, movida por un instinto invencible, dirigía mis ojos llorosos hacia los carrillos con mil arrugas de mi bondadosa pariente.

Era un rostro lleno de dulzura, rodeado de simétricos rizos, brillantes, vaporosos; rizos que se inclinaban, enjugaban mis lágrimas, me envolvían en una caricia perfumada, alegres, juguetones, deseosos de arrancar una sonrisa á mi llanto. Y la arrancaban, como el viento del sur arranca á Febo un rayo resplandeciente, rasgando su careta de nubes húmedas.

—Pero, entonces, si la tía Melchora tenía una cabellera tan voluminosa y tan bella, ¿con qué fin gastaba pelucas? —Paciencia, hermosa dama, y siga usted leyendo.

Sepa usted, antes que todo, que, sin sus rizos, la tía Melchora no era ni Melchora, ni era tía: no era nada. Esos preponderantes bucles eran lo principal de su persona, lo que daba carácter y gracia á su fisonomía, la síntesis de su manera de ser.

Cada noche, antes de acostarse, empleaba una hora entera en enroscar sus hebras de plata en diminutos rollitos de papel flexible, y ponía en esta parte de su tocado un esmero tan maravilloso, que yo, aunque muchacha é in experta, me quedaba extática contemplándola.

Era yo el Benjamín de mi tía, y de ese modo se concibe que ella tolerase mi presencia cuando ejercía tan delicado magisterio. Ese instante era, sin duda alguna, el más querido de mi corazón. Era de ver la delicadeza, el tino con que cogía yo la luminaria para alumbrar aquella venerable cabeza, y la devota admiración con que escuchaba los fantásticos cuentos que amenizaban la tarea de aderezar los rizos.

Sin embargo, lo comprendí más tarde; ¡cuántos cuidados, cuántas inquietudes le costaba á mi buena tía su coquetismo senil!

Para que los bucles resultasen perfectos, se necesitaba papel ni grueso ni fino, ni duro ni frágil, ni satinado ni lacio; se necesitaba, en fin un papel *sui generis* que la tía Melchora buscaba día y noche con afán.

Naturalmente, yo era la confidenta de sus preocupaciones capilares, y estaba al tanto de las condiciones *rizadoras* del famoso papel. Cual perro de caza que acecha la perdiz, husmeaba todo trozo de vitela que me pareciese digno

de envolver las preciosas espirales de pelo blanco, adorno predilecto de la tía Melchora.

* *

Una tarde que mi padre trabajaba en su despacho, y que, cerca de él, yo hojeaba un libro lleno de estampas, divisó de repente, sobre la alfombra, un retazo de papel oblongo, blanco por un lado, azul por el otro y cubierto de cifras, signos y dibujos. Esta última circunstancia llamó sólo incidentalmente mi atención. Lo recojo, lo examino y exclamo desde el fondo de mi alma:

—¡Para los rizos de la tía Melchora! Esa misma noche, cuando el sueño empezaba ya á pesar sobre mis ojos, me parece oír una voz irritada, inquieta y sorprendida, que decía:

—¡Es imposible, increíble! Lo tenía en mi cartera, de donde lo he sacado un momento para apuntar el número, y

con la conciencia serena de los justos, dormía el sueño de los rizos sin tacha.

La buena señora no maliciaba, por cierto, que su venerable cerviz valía esa noche veinte mil patacones más que de costumbre.

* *

Al día siguiente, mi tía Melchora no bajó á almorzar; sus rizos no se sujetaban: consecuencia inevitable del acontecimiento de la víspera.

Ese día fué uno de los más negros de mi infancia, y me reveló cuánto puede sufrir un corazón sensible.

Desde entonces, mi adorada tía no volvió más á enroscar sus lindos cabellos en pedacitos de papel. Ensayó unos alambres forrados de cabritilla, nueva y magnífica invención de un peluquero turco, llamado Bigudí. Pero, ¡qué fastidio! ¡qué tortura de todas las noches!

Los *rizadores* levantinos, demasiado cortos, á veces de mala calidad, no producían la encrepadura imponente, expresiva, clásica, esa encrepadura famosa que antes era la gloria de mi tía.

Al fin los desechó, para reemplazarlos por las cápsulas de botella.

Bajo el imperio de las cápsulas, tuvimos también días tristes y brumosos, tertulias de peinado con cuantos pálidos y descosidos, porque esas malditas hojas de plomo quebraban los cabellos, los enredaban: había que principiar dos, tres, hasta cuatro veces la delicada operación, y así la historia tenía para mí menos encantos; las repeticiones abundaban y nunca venía á tiempo el apetecido desenlace.

La era de las cápsulas duró poco: la vida de una mariposa.

* *

Una vez la tía Melchora se sentó á la mesa triunfante; sus ojos vivos despedían destellos de victoria, mal disimulados por una sonrisa inocente.

—Vamos, pensé yo, hay novedad; la tertulia de los rizos se anuncia alegre. Tendremos sorpresas.

¡Y de veras que había algo de nuevo!

No más papel, no más alambres bizantinos, no más cápsulas de botellas para la cabellera de nieve; usaremos en adelante trapos viejos que se atan sin

cortarse, tiras de lienzo que no quebran el pelo y que reemplazan ventajosamente al papel,—aun al que se emplea en Mozambique para hacer los títulos de renta. ¿Quién se atrevería a decir que no es genial el descubrimiento de mi tía Melchora?

Volvió entonces para mí el período de las deliciosas veladas de fantásticas narraciones. Mi vieja tía había recuperado su natural ingenio, su gentil sonrisa, su grata voz de rapsoda familiar. Nunca los cuentos árabes me procuraron mayor gozo, ni las anécdotas sacadas de la historia, admiración más sincera. Y esa dicha la debía yo á los trapos viejos, á los forros usados, á los desechos de todas las guardarropas de la casa.

Una noche, después de la acostumbrada operación y charla, yo me había retirado, como siempre, á mi cuartito, y la tía Melchora, sentada delante de su escritorio, se había puesto á verificar su libro de cuentas, cuando un fuerte olor á quemado la obliga á interrumpir su tarea y á poner la nariz en guardia.

Se levanta, sale de su cuarto, recorre llena de agitación los pasadizos gritando: —¡Incendio! ¡incendio!

Y golpeando á todas las puertas:

—¡Levántense, por Dios! ¡el fuego está en la casa! ¡Jesús, es aquí! aquí mismo! ¡abran! ¡Misericordia, Señor!

La confusión cunde y el terror se apodera de todos los pechos.

—¡Tía Melchora! tía Melchora! se te está quemando la cabellera!

Y más veloz que el rayo, mi madre echa una mantilla de lana sobre el teatro del siniestro.

Efectivamente, lo que ardía eran los rizos de la tía Melchora. La vela, puesta en la proximidad de los libros de cuentas, había besado con su llama lánguida uno de los trapos de la encrepadura. Y el trazo se consumía lentamente, sin llama, desprendiendo el olor característico de las quemazones. La tía Melchora, incendio ambulante, tenía razón para decir, en cualquiera parte donde se hallaba:

—¡Es aquí, es aquí!
¡Pobre tía Melchora!

* *

Después de ese acontecimiento nefasto, cayó enferma, no del cuerpo, del corazón.

¿Quién llegará jamás á descubrir las aberraciones de esa péndola del reloj humano? Yo adiviné la pena, el dolor agudo de la buena tía, mártir de su afición á los cabellos crespos.

Al fin y al cabo, la vi adoptar una resolución espartana. Mandó hacer, no una, *dos* pelucas. Cuando una estaba deshecha, la otra se hallaba pronta para presentarse en público sin desdoro.

Desde entonces mi tía ha rejuvenecido quince años, porque no tiene más inquietudes. Todavía le ayudo á peinar sus rizos; pero, en vez de tenerle la luz, le tengo la peluca, y en vez de contarme cuentos, la tía Melchora discurre. Su tema favorito es una palabra convencional: *la dicha*.

—¿Quién había de imaginarse que un artificio de peluquería pudiese traerme feliz reposo?

Querida tía Melchora, ¿olvida usted, acaso, que la tranquilidad de que goza no es sino un artificio de su espíritu?...

¡Pues, no faltaba más que yo también me metiese á discurrir! No temas, amigo lector; aquí mismo callo. Me había propuesto demostrarte por qué mi tía Melchora, *unicéfala*, como el común de las mujeres, gastaba á la vez dos pelucas. Conseguí mi objeto, sumo y firmo.

LODOISCA MAAPAKÁ

LA FAMILIA.—De hoy en adelante, se reciben suscripciones al segundo año de este periódico.

EDICIÓN SEMANAL

Suscripción á 24 números. . . \$ 3

Suscripción á 52 números. . . \$ 6

PAGO ADELANTADO

EDUCACIÓN DEL NENE

Tal vez al Nene le guste mucho hablar, y como, para él, la conversación es un medio de instrucción y de educación, no hay que imponerle sistemáticamente el silencio. Mas como,



por otro lado, su locuacidad podría parecer fastidiosa, importa regularizar, enderezar, restringir esa necesidad de la lengua. No hay para qué explicar la causa de semejante reglamentación.

Sin embargo, diremos sin insistir mucho, que el deseo de ocupar la atención de todos, se transforma fácilmente en hábito inveterado, y que ese hábito es, bajo el punto de vista social, uno de los

defectos más funestos en los que de él adolecen. Como no se pueden pronunciar, sin tregua ni descanso, discursos elocuentes, es forzoso tratar de materias insignificantes, que no ofrecen interés alguno al auditorio. Hablar por hablar es una necesidad lastimosa, cuyo resultado es el de ahuyentar á todo el mundo.

No permitáis, pues, que el Nene se apodere del hilo de la conversación para no dejarlo nunca. Enseñadle á hablar solamente para dar respuesta, cuando se encuentra con personas extrañas; y cuando esté solo con vos, no toleréis que hable á diestra y á siniestra. Enderezad su juicio mientras dura su tierna edad; más tarde, ya no sería tiempo para hacerlo. No consentáis que adule ni que denigre á sus compañeros de juego. Sobre todo, no permitáis que se burle de nadie, aun cuando sea de una sirviente. El respeto hacia los superiores,—y todas las personas grandes son los superiores del Nene,—es indispensable en una buena educación.

Tened la voluntad, aunque sus chanzas sean muy divertidas, de no reír de ellas, de vituperarlas seriamente, y si es preciso, de castigarlas. Si no acostumbráis al Nene á respetar á cuantos le rodean, más tarde se burlará de sus profesores, y más tarde todavía, de sus jefes jerárquicos: lo cual es un medio infalible para ser odiado de todo el mundo.

Ocupaos en pulir su lenguaje. No toleréis nunca que conteste bruscamente *si ó no* sin añadir: señor, señora, señorita. No consentáis que emplee el verbo *querer*, su preferido, sin duda. Cuando dice: *quiero ó no quiero*, enseñadle que esas palabras son inútiles y desprovistas de significado, y que *nadie* en la casa las tomará en cuenta.

Impedidle absolutamente el sentimiento grosero que se traduce por el desmentido, y no sufráis nunca su *¡No es verdad!*

Repreendedlo la primera vez que lo oyereis, pero advirtiéndole que la reincidencia será castigada.

Si le ocurre decir una palabra ingeniosa, no la repitáis jamás en su presencia á los que no la han oído; no se necesitaría más para que Nene se creyera un espíritu superior.

Uno de los resortes más potentes que se pueden poner en juego en provecho de su educación, es decir, de su perfeccionamiento, es el amor propio. Sin estimularlo, bueno es aprender á utilizar sus servicios. Habrá, pues, que evitar de elogiar al Nene delante de los extraños lo mismo que de contar en su presencia sus pequeñas faltas. En el primer caso, exaltaríais su vanidad; en el segundo, quebraríais en él el resorte del amor propio. Aun en el niño, existe el sentimiento del respeto humano; hay muchas travesuras que no hace por miedo de ser vituperado por *todo el mundo*. Si ha caído bajo la censura universal por el hecho de vuestras divulgaciones, el niño habrá bebido toda su vergüenza y no conocerá más ese freno, que puede ser muy eficaz: la confusión enfrente de sus semejantes.

Toda expresión grosera ó insultante aun cuando enunciada de una manera graciosa, merece vuestra indignación y una represión severa é inmediata.

Desarrollad en él la compasión hacia los débiles, hacia los que sufren, desde los insectos y los animales hasta los niños y los hombres. Para sentirse alentado á hacer lo malo, Nene no necesita vuestra aprobación; vuestra indiferencia le será suficiente. Si permanecéis muda cuando tortura á un insecto ó se ríe de un pobre, desecáis su corazón, preparáis con su personalidad uno de esos seres ariscos, á quienes nada le importa, que no ven en la tierra sino á sí mismos y los cuales, persiguiendo su satisfacción y nada más, andan siempre descontentos de todo y de todos; caracteres atabillarios, ocupados siempre en legitimar su mal humor, creando culpas á sus semejantes.

Cultivad el corazón de Nene; él no



Traje de niña

ahora nada; no lo encuentro en ninguna parte. He buscado hasta en el canasto de los papeles rotos, y el título no ha parecido. ¡Es una pérdida considerable! ¡Un título de veinte mil patacones, al portador, de la Deuda Colonial de Mozambique!

—¿Título? ¿Patacones? ¿Qué será eso? Presa de invencible sopor, me preparaba á ir á los dominios de Morfeo por la contestación correspondiente á tales preguntas, cuando un rayo de luz ilumina el crepúsculo de mi conciencia y me despierta por completo.

—Padre, llamé, ese título que has perdido, ¿no es azul por un lado y blanco por el otro y no está lleno de signos y arabescos?

—Sí, hijita, sí; pero dime, ¿lo has visto? ¿Lo tienes? ¿Y dónde lo pusiste?

—Papasito, no te enojés; yo no sabía lo que era ese papelito azul: lo recogí del suelo y se lo he dado á tía Melchora que lo ha destrozado y ha envuelto en él sus rizos.

¡El título de renta convertido en papel de encrepar! Parece que tal documento representaba á mi padre una fuerte suma, porque mamá se trasladó á escape al dormitorio de mi tía, quien,